

CRÓNICA DEL DESCUBRIMIENTO DEL BRASIL

Por **Jorge Hugo Lascala ***

El pasado 22 de abril se cumplieron 500 años del descubrimiento del Brasil por parte de la escuadra comandada por Pedro Álvares Cabral, a bordo de las embarcaciones despachadas por la corona portuguesa, en manos de Manuel I, rey de Portugal y de Algarves.

La expedición compuesta por trece navíos y 1200 hombres, en su mayor número entrenados para la guerra, entre los que se contaban algunos españoles, judíos, un africano y hasta indianos, partió desde la Playa de Restelo, ubicada en las márgenes del río Tajo, el día 9 de marzo de 1500. Era la mayor flota jamás despachada a lugar alguno, nueve naves bien armadas, tres carabelas ligeras y una naveta de carga, y permaneció en el mar durante un año y tres meses.

La misión tenía por objeto alcanzar las Indias contornando el África. La estrategia de navegación consistía en tomar rumbo a la isla de San Nicolás, en las Azores, sin anclar en ella, y luego salir para mar abierto en dirección al oeste, en un vasto semicírculo, con la finalidad de escapar de las tormentas que asolaban a la navegación en la costa africana.

Era el día 22 de abril de ese año cuando, por un exceso en la apertura de la curva de navegación, dicha escuadra, asombrada, avistó por primera vez tierras nuevas al oeste de lo que en esa época era denominado como Mar Océano, hoy Océano Atlántico, sin llegar a saber si se trataba de una isla o tierra firme.

La primera visión de tierra, luego de largos días de navegación, fue una ele-

(*) Especial para *Revista del Notariado*.

vación pronunciada del terreno, que por su altura podía ser vista a la distancia. Las crónicas dicen: “Un gran monte, muy alto y redondo, y otras sierras más bajas al sur del mismo, la tierra color té con grandes arboledas, y al monte alto el capitán puso el nombre de *Monte Pascoal*, y a la tierra, *Terra da Vera Cruz*”.

Al día siguiente del avistamiento, la tripulación fondea y se dispone al reconocimiento del terreno, para luego dirigirse en búsqueda de un sitio más seguro, donde echan anclas dos días después al encontrar una ensenada para protección, lugar al que el capitán llamaría *Portoseguro*, actualmente ciudad de *Porto Seguro*.

De las doce embarcaciones que conformaron el total de la escuadra, luego de finalizar el viaje a las Indias, regresaron a Lisboa solamente ocho navíos. Uno, al mando de Vasco de Ataíde, desapareció en alta mar antes del avistamiento de la nueva tierra, el día 23 de marzo. Cuatro naufragaron camino a las Indias, cerca del Cabo de Buena Esperanza, el 22 de mayo. Otra embarcación fue remitida inmediatamente al reino el 1º de mayo, donde arribó sin mayores inconvenientes, portando una carta del escribano de la flota para dar cuenta del descubrimiento.

Ocho años antes Cristóbal Colón, contratado por los reyes de España, había descubierto América, con la perspectiva errónea de haber descubierto las Indias.

Al año siguiente del descubrimiento de Cabral, Vasco da Gama, bajo la misma bandera portuguesa, acababa de contornar al África, abriendo realmente el camino para las Indias.

En ese entonces, Lisboa era el centro de una de las más notables páginas de la historia humana. Allí convergían marineros de toda Europa, comerciantes, estudiosos de las artes náuticas, de la geografía y de la astronomía.

Todos querían participar de la aventura de los descubrimientos y de ella obtener el mejor provecho posible.

Anclado en Italia, un movimiento de renacimiento cultural, de carácter humanista, se irradiaba por toda Europa.

El comercio, las artes y la cultura en general estaban en total efervescencia. Maquiavelo alineaba sus ideas para escribir *El Príncipe*, el más célebre tratado de todos los tiempos sobre el poder y su ejercicio. Leonardo da Vinci acababa de pintar *La Última Cena*. Michelangelo Buonarroti deslumbraba al mundo con su escultura *La Pietà*. El continente europeo era inundado por una cantidad aproximada de veinte millones de libros, fruto de una invención reciente: la prensa de tipos móviles del alemán Johannes Gutenberg. En Roma, la corrupción y la flaqueza moral de la Iglesia erosionaban el poder del Papa. La Inquisición estaba en pleno auge.

El día 1º de julio de 1501, Pedro Álvares Cabral acaba de retornar de su viaje por las Indias y relata en el reino los acontecimientos extraordinarios que él y sus navegantes vivieron en su expedición a Oriente. Pero, en realidad, más extraordinario aún fue recibir de vuelta al comandante del descubrimiento de una tierra desconocida, un mundo virgen y pagano en las misteriosas bandas occidentales del Mar Océano.

Hasta ese entonces, la única noticia que se tenía en el reino era una carta que el escribano de la escuadra, Pero Vaz de Caminha, había cursado a la corte dando cuenta del descubrimiento, la que fue remitida a Lisboa mediante una nave despachada por Cabral a cargo del capitán Gaspar de Lemos.

Nadie contó, con una descripción más primorosa y admiración más explícita, acerca de la tierra de Santa Cruz que el capitán Cabral descubrió, como su escribano, quien dio cuenta de ella en una carta compuesta de siete fojas, escritas en letra menuda.

La visión del *Monte Pascoal* y, después, día a día, el contacto de los portugueses con la tierra desconocida, son descriptos por Pero Vaz con tal riqueza y profusión de detalles que, al concluir, pide disculpas al rey “si en algo se alargó en su informe”. No hacía falta tal dispensa, se dijo luego, “nada es de más sobre ese lugar tan extraño, con gente desnuda y pintada”.

Natural de Porto, el notario Pero Vaz viene de una familia burguesa de buena cepa. Escribano, hijo de escribano, cuidaba en su ciudad natal de anotar las tasas y los impuestos debidos al Tesoro del Reino. Fiel servidor y caballero de los últimos tres reyes. A los cincuenta años, ya abuelo, se vio convocado por el rey don Manuel para desempeñarse como notario de la nave de Cabral (cada nave tenía el suyo para tomar cuenta, entre otras cuestiones, de inventarios, arqueos, erogaciones y fallecimientos). El escribano de las naves, quien además se encargaba de efectuar los relatos de los viajes, era representante directo de la corona. Cuando la expedición llegase a su término en la India, debería ocupar el mismo cargo en la factoría portuguesa de Calcuta, que se instalaría en razón del acuerdo arribado con el soberano de esa región de las Indias, después de mucha insistencia y negociaciones. La misión acabó en tragedia. Transcurridos tres meses de establecida, la factoría fue atacada por los moros, que estaban indignados por la competencia que se les presentaba, y sus cincuenta ocupantes, entre ellos Pero Vaz de Caminha, fueron masacrados delante de los ojos del capitán Cabral, quien se encontraba anclado a poca distancia del lugar. En represalia, Cabral recibió órdenes de atacar las naves moras que se encontraban fondeadas en el puerto, acción que dejó un saldo de seiscientos muertos. El escribano Caminha murió sin saber que, en reconocimiento a su valor, el rey Don Manuel decidió acatar el pedido anotado en las últimas líneas de su carta: perdonar y dar por cerrado el exilio de su yerno Jorge de Osorio.

Poco versado en las artes de la cartografía, el escribano Pero Vaz, por el contrario, tenía los ojos más aguzados para el paisaje humano y el escenario natural de la tierra encantada que la escuadra descubrió. El estilo del escribano es todo sorpresa y deslumbramiento por la floresta, los ríos, los animales y, principalmente, la gente.

Con notable capacidad de observación, además de poseer una mente abierta para una cultura desconocida y diferente, no esconde su admiración por la excelente forma física de esos extraños (y, principalmente, de esas extrañas), desnudos, de cuerpos bien formados, con cabellos largos rapados en la frente y coronas y vinchas de plumas sobre su cabeza.

Narra acerca de sus moradas, en cabañas largas y comunes, habitadas por decenas de ellos, y su hábito de dormir en redes colgadas entre dos postes de madera, con un fuego debajo para calentarse. Se encanta con las comidas exóticas. Escribe acerca de un camarón muy grande y grueso, como jamás había visto de ese tamaño, y muy buenos palmitos, que la tripulación colectaba y comía en abundancia. Describe la prodigiosa tierra descubierta, su lujuria y fertilidad; las aguas son abundantes, infinitas. La tierra, muy fértil y plena, otorga todo a quien quiera aprovechar sus dones. Trátase de tierra poblada, habitada por gentes de costumbres diferentes y habla incomprensible, sin embargo blanda y alegre en el trato. Son pardos, casi rojizos, de buen rostro y buenas narices, bien formados. Andan desnudos, sin ninguna cobertura, y tienen acerca de ello tanta inocencia como tienen en mostrar sus rostros.

A continuación, transcribimos los trechos más importantes de la carta de Pero Vaz de Caminha, dirigida al rey y fechada el 1° de mayo, referida al descubrimiento de la nueva tierra avistada por primera vez el miércoles 22 de abril de 1500.

“El jueves, por la mañana, hicimos vela y seguimos hasta aproximarnos a media legua de la tierra, donde todos echamos anclas en dirección a la boca de un río. Desde allí tuvimos a nuestra vista a siete u ocho hombres que andaban por la playa. El capitán mandó en un bote a Nicolás Coelho, para ver aquel río. En tanto que comenzó a ir para allá, acudieron por la playa hombres, de manera que, cuando el batel llegó a la boca del río, eran en el lugar dieciocho o veinte hombres, pardos, todos desnudos, sin ninguna cosa que les cubriese sus vergüenzas. Traían arcos en las manos, y sus flechas. Venían todos erguidos y esquivos para el bote, y Nicolás Coelho les hizo señas de que posaran los arcos, y ellos los posaron. Allí no se podía hablar ni entenderse con ellos pues el mar rompía en la costa. Solamente les dio un birrete rojo y una caperuza de lino que llevaba en la cabeza, y un sombrero negro. Uno de ellos le dio a él un sombrero de largas plumas de aves y un capuz pequeño de plumas rojas y pardas, como de papagayo. Otro le dio piedras de cuentas menudas y blancas.

“Por su aspecto son pardos, casi rojizos, de buenos rostros y buenas narices, bien formados. Andan desnudos, sin ninguna cobertura, ni parecen sentir cosa alguna por mostrar sus vergüenzas. Y lo hacen con tanta inocencia como si estuvieran solamente mostrando el rostro. Traían ambos los labios de abajo agujereados y pasados por ellos huesos de hueso blanco. Sus cabellos son lisos, grandes y rapados hasta por encima de las orejas. Uno de ellos traía una especie de cabellera de plumas de ave amarillas, muy espesa y muy cerrada. El capitán, cuando ellos llegaron a la nave, estaba sentado en una silla y tenía un tapete a sus pies, como conformando un estrado, bien vestido, con un collar de oro en el cuello. Entraron y no hicieron ninguna cortesía, ni hablaron con el capitán ni con ninguno. Sin embargo, uno de ellos puso sus ojos en el collar del capitán, y comenzó a señalar hacia tierra, y después al collar del capitán, como diciéndonos que en tierra había oro. Y también vio un candelabro de plata, y asimismo señalaba hacia tierra y hacia el candelabro, como indicando que en tierra también había plata...

“Diéronles de comer allí pan y pescado cocido, confituras, miel e higos; no qui-

sieron comer de ello casi nada. Si alguna cosa probaban, la lanzaban luego fuera de su boca. Les trajeron vino en una copa, y al ponerla en su boca no gustaron de él nada; ni quisieron más. Les trajeron agua, tomaron de ella bocados y no bebieron. Solamente se lavaron la boca y la lanzaron fuera. Y entonces se tiraron de espaldas sobre el tapete, a dormir, sin tener ninguna manera de cubrir sus vergüenzas... El capitán les mandó poner cojines en la cabeza... Y les lanzaron un manto encima y ellos consintieron, y se durmieron.

“El sábado por la mañana, mandó el capitán a Nicolás Coelho y a Bartolomé Dias que fuesen a tierra y que llevasen a esos dos hombres y los dejasen ir con sus arcos y sus flechas, a los cuales mandó dar camisas nuevas y capuces rojos y dos rosarios de cuentas blancas de hueso, que ellos llevaron en los brazos. Y mandó con ellos, para quedarse allá, a un mancebo sin grado al que llaman Afonso Ribeiro, para estar con ellos y saber de su manera de vivir; y a mí (el escribano) me mandó que fuese con Nicolás Coelho. Fuimos así directo para la playa. Allí acudieron luego alrededor de doscientos hombres, todos desnudos, y con arcos y flechas en las manos. Aquellos que iban con nosotros les indicaron que se apartaran y posasen los arcos, y ellos los posaron y no se apartaban mucho. Y no bien posaron sus arcos, entonces salieron los que llevábamos nosotros y el mancebo con ellos. Allí andaban entre ellos tres o cuatro mozas, buenas mozas y bien gentiles, con sus cabellos muy negros, largos, por las espaldas, y sus vergüenzas tan altivas, y tan cerradas y tan limpias sus cabelleras, que de tanto mirarlas no teníamos ninguna vergüenza.

“El domingo de Pascuas, por la mañana, el capitán determinó oír misa y predicar en aquel islote, con el padre fray Enrique. En cuanto estuvimos en la misa y en la oración, había en la playa otra tanta gente, poco más o menos como los de ayer, con sus arcos y sus flechas, los cuales andaban descansando, mirándonos, y se sentaron. En este islote donde fuimos a oír misa y a orar, da mucho el agua y descubre mucha arena y mucho pedregullo. Algunos fueron en busca de mariscos, mientras nosotros allí estábamos, y no hallaron. Hallaron algunos camarones gruesos y cortos, entre los cuales vino uno muy grande y muy grueso, que nunca vi ninguno de tal tamaño.

“Anduvimos por allí viendo la ribera, la cual es de mucha agua y muy buena. A lo largo de ella, hay muchas palmas no muy altas, en las que hay muy buenos palmitos. Recogimos y comimos muchos de ellos. Y más allá del río, andaban muchos de ellos, danzando y divirtiéndose unos ante otros, sin tomarse por las manos, y lo hacían bien. Pasóse entonces del otro lado del río Diego Dias, que es un hombre gracioso y divertido, y llevó consigo un gaitero nuestro. Y ellos se divertían y reían, y andaban con él muy bien, al son de la gaita.

“El lunes, después de comer, salimos todos a tierra, a tomar agua. Allí, vinieron entonces muchos, pero no tantos como otras veces. Y traían ya muy pocos arcos y estuvieron así un poco apartados de nosotros. Y después, poco a poco, se mezclaban con nosotros y nos abrazaban más sueltos, y algunos de ellos, nos esquivaban. En este día, los vimos más de cerca y más a nuestra voluntad, por andar todos mezclados. Y el capitán mandó a otros dos sin grado junto con el mancebo Afonso Ribeiro, que fuesen allá a andar entre ellos. Fueron a una población

de casas, en que habría nueve o diez casas, las cuales decían que eran tan largas cada una, como ésta la nave capitana. Y eran de madera, y los costados, de tablas cubiertas con pajas. Tenían dentro muchos postes, y de poste a poste una red en la que dormían, y debajo, para calentarse, hacían sus fuegos. Y cada casa tenía dos puertas pequeñas, una en un cabo y otra en otro. Y decían que en cada casa, se albergaban treinta o cuarenta personas, y que así los hallaban y les daban de comer de aquella vianda que ellos tenían, a saber, mucha raíz y otras simientes que en la tierra hay, y que ellos comen. Y como se hizo tarde, hicieron que regresásemos, y no quisieron que allí quedase ninguno.

“El martes, después de comer, fuimos a tierra a guardar leña y a lavar ropa. Estaban en la playa, cuando llegamos, alrededor de sesenta o setenta, sin arcos y sin nada. Al llegar, vinieron luego hacia nosotros, sin esquivarnos. Y después, acudieron muchos, que bien serían doscientos, todos sin arcos. Y mientras nosotros hacíamos la leña, dos carpinteros nuestros hacían una gran cruz de un palo que ayer se cortó para eso. Muchos de ellos vinieron a estar allí con los carpinteros, y creo que lo hacían más por ver las herramientas de hierro con que la hacían, que por ver la cruz, porque ellos no tienen cosa que de hierro sea.

“El miércoles no fuimos a tierra, porque el capitán anduvo todo el día en el navío de mantenimiento, para despejarlo y hacer llevar a las naves eso que cada una podía llevar. El jueves, último de abril, comimos en seguida, casi por la mañana y fuimos a tierra por más leña y agua. Andarían por la playa, cuando salimos, ocho o diez de ellos, y de ahí a poco comenzaron a venir, y me parece que vinieron este día a la playa cuatrocientos o cuatrocientos cincuenta. Comían con nosotros lo que les dábamos, y algunos de ellos bebían vino, y otros no podían beber, mas me parece que si les insistiésemos para hacerlo, lo beberían de buena voluntad. Y andaban ya más mansos y seguros entre nosotros, que lo que nosotros andábamos entre ellos.

“Cuando salimos del bote, el capitán dijo que sería bueno irnos directamente hacia la cruz, y que nos pusiésemos de rodillas y la besáramos, para que ellos vieran el acatamiento que le teníamos. Y así lo hicimos. Y esos diez o doce que ahí estaban, les indicaron que hiciesen lo mismo y fueran en seguida todos a besarla. Paréceme gente de tal inocencia que si pudiesen entender serían pronto cristianos, porque ellos no tienen ni entienden en ninguna creencia, según parece. Ellos no labran, no crían, ni hay aquí buey, ni vaca, ni cabra, ni oveja, ni gallina, ni ningún otro animal que esté acostumbrado a vivir entre los hombres, ni comen sino raíces que aquí hay muchas, y de esas simientes y frutos que la tierra y los árboles producen. Y con esto andan tan robustos y tan fornidos, que nosotros no lo estamos tanto, con tanto trigo y cuantas legumbres comemos.

“Y hoy, que es viernes, primer día de mayo, por la mañana, salimos hacia tierra con nuestra bandera y fuimos a desembarcar río arriba, donde nos pareció que sería mejor clavar la cruz para que fuera mejor vista. Colocada la cruz con las armas y la divisa de Vuestra Alteza que primero clavaron, armaron un altar al pie de ella. Allí dijo misa el padre fray Enrique. Allí estuvieron con nosotros alrededor de cincuenta o sesenta de ellos, todos arrodillados, así como nosotros.

“Esta tierra, Señor, me parece que es grande, habrá en ella alrededor de vein-

